

## **Los perdedores de la historia de España**

Fernando García de Cortázar Ruiz de Aguirre

Hay una tragedia del fuerte y otra del débil, y hay quizá otra, más tortuosa, la de quien tiene que mirar a fondo su debilidad radical, su inadecuación en la vida y en la historia, luchando para transformar la impotencia en dignidad; es la tragedia del silencio, del olvido, es la tragedia de quien tras haber vivido un momento fuerte está obligado, por los demás, o por sí mismo, a cancelarlo y a cancelar su propia persona, amortiguándola en una apagada grisura que se convierte en refugio. En cada entrevista los periodistas nos preguntan a los historiadores si es verdad aquello de que la historia siempre la escriben los vencedores y yo siempre contesto que también la hacen los vencidos y que muchas veces las interpretaciones de éstos sobre su dolor y su derrota calan más hondo en el imaginario popular que las versiones de los historiadores. Para unos y otros , “todas las guerras civiles están irremisiblemente perdidas”, escribió Ramon J.Sender.

Quizá la historia universal sea la historia de unas cuantas derrotas, o de la entonación de algunas derrotas: la muerte de Cicerón, la ruina de los guerreros musulmanes frente a los Pirineos, la caída de Constantinopla a manos de los turcos, la escritura de Alonso de Ercilla, que resume la imagen del conquistador conquistado y anticipa los ejércitos polvorientos de Simón Bolívar, el grito de

Castelio contra Calvino, que es el grito del individuo frente a la utopía de ayer, de hoy y de mañana, la retirada de los ejércitos napoleónicos a través de las estepas helada de Rusia, reflejo u antítesis de las hordas nazis de 1941, cuanto de universal y humano contiene el “ Yo Acuso” de Zola, incapaz de frenar cuanto de sangre y delirio brotaría de los nacionalismos de finales del siglo XIX... etc. “ La disidencia es la gran característica de la libertad” escribió uno de nuestros perdedores el sevillano José Blanco White Blanco White, exiliado y desterrado en Londres, cuya voz moderada es ignorada en tiempos de las Cortes de Cádiz y el Trienio Liberal. José Blanco no huyó de su país como blasfema un borracho, no emigró de la misma manera que éste cae. Tampoco llegó a Inglaterra como llegarían en 1823 miles de españoles que escapaban de la policía de Fernando VII ni viviría el exilio como ellos, de un modo provisional, sin familiarizarse con la lengua ajena. Él no se sumergió en el azul brusco y la lejanía irremediable ni llegó a Inglaterra con la idea del regreso; no se engañó con revoluciones ni vivió con la maleta sin deshacer y la mirada suspensa en la patria lejana, donde el fragor de las batallas y el torbellino de los pronunciamientos arrasaba las tierras a las que los periódicos ingleses dotaban de un nombre glorioso, donde había vencedores y vencidos, generales y viudas de generales, donde había comerciantes extranjeros y proveedores del ejército enriquecidos, caballos muertos y ciudades exóticas. El móvil de su partida era respirar las libertades inglesas. No se

trataba simplemente de las instituciones, como el parlamento o los jurados, ni de sus principios o funcionamiento, sino más bien de la atmósfera que envolvía las instituciones: siempre había imaginado que la libertad era un bien volcánico que se sentía entre los dedos, un bien hecho a palpar y percibir, como la verde hojarasca, como los flexibles rabillos de las hojas, sus bordes ásperos y suaves, su dura carne viva . Con el tiempo se adaptó al país, a su clima, a sus costumbres, a sus gentes. Con el tiempo aprendió a valorar su paisaje y escribió bellas descripciones de la primavera inglesa. Con el tiempo Londres dejó de despertar en él los pensamientos lúgubres que le asolaron a su llegada.

. En la capital inglesa se convenció de hasta que punto las fronteras que dividen los mundos pueden resultar insalvables y como la lengua es la única patria del poeta. Quiso entonces perfeccionar su inglés y durante años estudió incansablemente el idioma, anotando las expresiones que oía, devorando viejas gramáticas, leyendo y traduciendo pasajes de Shakespeare. En las oscuras e interminables noches londinenses su voz rústica se ennoblece, se coloca un tono más arriba, se esfuerza con extrañas sonoridades. No hay duda de que logró su propósito, pues se convirtió en un gran escritor y poeta inglés, autor, según Coleridge, de uno de los más bellos sonetos escritos en el idioma de Milton, el soneto *Mysterious night*.

Sin embargo, jamás se libró de la sensación de estar prisionero de verbos y sonoridades que no encontraba. Siempre experimentó un sentimiento de inferioridad, sobre todo en la conversación. El diluvio de palabras le golpeaba en los oídos, le aturdí y confundía. “Cuando estoy con una de esas personas que hablan con rapidez”, escribe en sus memorias, “siento tan claramente la incapacidad de intercambiar mis pensamientos con ella, que acabo por dejar de pensar. En estos casos me imagino que soy como un desgraciado insecto al borde del agujero que una hormiga león está haciendo en la arena”. Siempre se vio a sí mismo como un señor sin patria, segado del verso castellano

A menudo la Historia enumera sólo los éxitos. La mayor de las veces sólo se fija en los vencedores, dejando a los vencidos en la sombra. Se ha dicho que los perdedores suelen morir más veces; que a la extinción lenta y corrosiva que provoca la derrota le sigue el exilio eterno de los cementerios y a éste la muerte atroz que sobreviene con el olvido histórico. Hay, sin embargo, muertos históricos y muertes históricas. Hay perdedores que cuidadosamente engrasados por políticos oportunistas pueden transformarse en el arma vieja que un día se abandonó en el desván y hay perdedores que no sirven para disparar y que siguen siendo fantasmas silenciosos todos los años de su muerte.

La historia se fija en los momentos de esplendor de los perdedores , pero olvida su ocaso : por ejemplo, habla del Napoleón de Marengo, pero no del desterrado de Santa Helena,

del Hernán Cortés de la conquista de México, y no del Hernán Cortés ninguneado por los capitanes de Carlos V ante las murallas de las ciudades berberiscas. Es el caso de Sertorio, recordado por sus gestas militares más que por sus derrotas ( cuando en realidad son éstas las que explican al personaje y su descubrimiento estratégico de la Península Ibérica ) Entre el 82 y el 72 a. C., Hispania ocupó un lugar privilegiado y sangriento en las crónicas de la historia universal. Durante esos años la historia de la Península Ibérica es la historia de Roma, y los cronistas de la Antigüedad llevan al papel los nombres de sus bárbaras tribus y sus rústicas ciudades, de golpe sacados de su rincón, protagonistas y escenario de las violentas intrigas y luchas civiles de la metrópoli. Ocurrió después de que se instaurara la dictadura en Roma, cuando uno de los muchos proscritos de aquel régimen llegó a Iberia con el objeto de reclutar hombres y reunir paisajes; también para convertirse en refugio de otros romanos en desgracia, resistir con fortuna a los ejércitos enviados por el Senado, y tal vez, como el dictador Sila o el oportunista y demagogo Mario después que él, regresar, victorioso y brutal, a la ciudad del Capitolio.

Ese proscrito que fue soldado, náufrago, mercenario, general, diplomático, estadista, y embaucador, que arrastró la guerra civil, carcoma de la vieja República, hasta la Península Ibérica, que igualó en experiencia a Mario y en audacia a Pompeyo, y acabó vencido y asesinado por los suyos se llamaba Quinto Sertorio. La

masa de sus veleidades, los ilusorios planes de su vida, hasta sus obras fracasadas, siguen siendo hoy tan nebulosas y huidizas como un fantasma: ¿héroe y revolucionario? ¿traidor y aventurero? ¿calculador y jefe de una Roma peregrina? ... Los hechos, más o menos autenticados por los cronistas, parecen hacerle resbalar siempre hacia las posiciones más extremas y, como suele suceder, quizá aquello que no fue o sólo soñó alcanzar – Roma – sea lo que más ajustadamente defina y dé aliento a su figura de mármol, a su rostro de manuscrito polvoriento.

La fortuna, en fin, le fue adversa, como después, años después, le será adversa a Pompeyo. En Iberia Sertorio hallaría lo que aquel en Alejandría: descubriría cómo el ideal perseguido se alejaba definitivamente de su mano. En Iberia dijo Sertorio adiós a Roma, que perdía para siempre. Los dioses le abandonaron allí, en aquella tierra extraña, rica todavía en bárbaros y también en mercenarios, allí le dejaron, en medio del festín de puñales ofrecido por sus lugartenientes.

El condestable Alvaro de Luna , valido de Juan II de Castilla, fue otro gran perdedor Todas las cosas tuvo y todas le abandonaron... En él, favorito del siglo XV, se cumplieron las máximas de los validos del siglo XVII: “el favor consume a aquellos a los que se otorga”; “las grandes confianzas entre el regio señor y el favorito tienen grandes caídas”... Igual que más tarde el duque de Lerma o el conde duque de Olivares en el exilio de sus últimos años, cuando sus enemigos le arrastraron finalmente al patíbulo, don

Álvaro de Luna tuvo ocasión de comprobar que lo único seguro en la vida del valido es la inestabilidad, la inconstancia y la falta de gratitud. Un estado asediado de enemigos, una seguridad temblorosa, una riqueza pobre, una abundancia miserable, una altura (¡ay!) con caída... en eso había consistido su existencia.

Todo fue para el favorito una fuga y todo lo perdió al caer y todo cuanto construyó fue del olvido, o del otro, de su señor, el rey. “De tú resplandor ¡oh Luna! – escribiré al verle sobre el cadalso don Iñigo López de Mendoza, marqués de Santillana, que siempre aborreció al Condestable, considerándole un arribista de baja cuna –... De tú resplandor ¡oh Luna! te ha privado la fortuna”. No tenía razón Ovidio cuando dejó escrito “Soy demasiado grande para que la fortuna me hiera” ¿Quién podía imaginar que el rey, también viejo y al borde de la tumba, se revolvería contra su valido, favorecería su caída y, después, su ejecución? ¿Que a la vuelta de tantos años sin inmutarse, descubriría en el Condestable las imágenes que de él proyectaban sus enemigos?... ¿Que Juan II terminaría acusando a don Álvaro de Luna de tirano y usurpador ?

¡Juan II había nacido rey!, pero todos querían gobernarle; todos querían quitarle la libertad, como si en lugar de monarca fuese el último esclavo de Castilla. ¡Qué gran paradoja! Que el único acto fuerte de aquel rey débil fuera para llevar a la ruina a quien durante tanto tiempo había sido su mejor y único sostén, a quien durante tanto tiempo había impedido que su real señor cayera bajo el dominio de los ambiciosos infantes de Aragón y los inquietos y

siempre erráticos nobles de Castilla. ¡Qué gran paradoja! Que la única ocasión en que reunió Juan II voluntad suficiente para imponer sus deseos fuera para ordenar el arresto y ejecución de su valido. Que la arbitraria condena que llevó al odiado Condestable frente al verdugo sea hoy utilizada por los historiadores para probar el crecimiento del absolutismo real en Castilla, cuyo más firme defensor había sido, precisamente, don Álvaro de Luna.

La última escena de esta historia corresponde al 3 de junio de 1453 y se desarrolla en la plaza mayor de Valladolid. Todo ha terminado ya. Un rumor de gentes y soldados cerca al Condestable de Castilla. Los cronistas dejan aquí a don Álvaro, en esa mañana en que una orden real lo arrastra a la muerte. Llega al cadalso y baja la cabeza sin ira. Lo aguardan el puñal, el hierro en la garganta, la cabeza separada del tronco, luego sujeta a un clavo y así expuesta a los ojos del vulgo. Sabemos ( relatan la escena los cronistas ) estas cosas, pero no las que sintió al descender a la última sombra.

El mar , el mar de las exploraciones y las largas distancias, y no aquel de las batallas, telón de fondo de terribles carnicerías, fue el que hechizó al marino de origen italiano Alessandro Malaspina y al que debemos algunas de las páginas más hermosas de la Ilustración española.

Un poeta escribió que con la Ilustración, después de que el primer meridiano pasara por Greenwich, lejos de Jerusalén y la



Meca, lejos del Mediterráneo, el mar y los mapas de navegación se volvieron laicos. Lo cierto es que el siglo XVIII, la época que vivió Malaspina, fue una época propicia para las expediciones científicas, un tiempo en el que la razón impuso su censura a la imaginación y numerosos naturalistas abandonaron sus cómodas residencias de Londres, París, Madrid, Viena o Berlín, y se embarcaron en sensacionales travesías por océanos y tierras remotas. Era aquel un siglo en el que la aventura y el misterio del viaje aún no se habían extinguido, Empeñados en coleccionar ejemplares de todos los especímenes que el periplo pusiera a su alcance y convertir la naturaleza en una inmensa biblioteca, aquellos científicos partieron a la búsqueda de lo lejano y, afrontando tempestades e innumerables peligros, accedieron a un mundo que sobrepasó sus más increíbles sueños.

“En medio de tantas cosas desconocidas, el espíritu queda atónito”, escribiría Tadeo Haenke, el botánico vienés que se unió a la expedición de Malaspina en Santiago de Chile, y decidió quedarse en América, en las tierras del Alto Perú, y seguir investigando por extensiones desconocidas. La expedición de Malaspina, sin duda la expedición con más riqueza de medios de todas las financiadas por la corona española en el siglo XVIII, tampoco fue ajena a esta situación. El viaje, además de contribuir a la gloria de la monarquía con investigaciones científicas y geográficas, tuvo un claro trasfondo político. Y la ilusión de derribar a Godoy de su pedestal provoca que en los últimos años

del ilustrado navegante Malaspina, del glorioso recibimiento con que se celebra en la corte su aventura científica se pasa, sin paréntesis ni transición, al olvido del calabozo y al destierro italiano.

La historia no tiene tiempo para hacer justicia. Sin el menor escrúpulo los vencidos son enterrados en la fosa común del olvido. El destino común es el olvido, escribió Marco Aurelio Igual de común es el destino que lleva a los jesuítas al exilio en 1767. De noche se les ha hecho llegar a los puertos de embarque y también de noche se le has conducido a los barcos. Con los más ancianos, como el viejo y achacoso padre Isla, el primer novelista español de su época, que sale desterrado más a morir que a trabajar, son desgajados del añoso tronco secular de España numerosas gentes de letras, hombres pletóricos de vitalidad, admirables por su ciencia y su cultura, que se llevan consigo no sólo su dolor abismal, sino también las semillas de algunas de las obras críticas e históricas más arrebatadoras y finas del siglo XVIII. Se van sin conocer la razón verdadera que ha motivado la expulsión por de Carlos III. Se van en silencio, después de escuchar de pie la noticia, la decisión de que deben marcharse por el bien de los reinos de su Católica Majestad. Salen de los Colegios presas del bien, prisioneros del bien: el bien del pueblo. Su expulsión, y éstos serán nombres que no se pronunciarán jamás, una genealogía de imágenes inasequible a los ojos de esos españoles que parecen regresar a la antigüedad, a la mirada de

quienes un siglo atrás ven alejarse a los moriscos de los reinos de los Austrias, es el resultado del regalismo de los ministros de Carlos III. No hay ningún motivo religioso en su marcha. Se les expulsa – ellos no lo sabrán nunca – porque Campomanes y Roda han tenido la habilidad de agigantar el fantasma de la conjura jesuítica en los motines de 1766 y porque han logrado presentar a Carlos III una Compañía monstruosa, proclive a mover sediciones y aconsejar regicidios, un Cuerpo ambicioso y poderosísimo que sirve a una potencia extranjera, los estados pontificios, y amenaza el reino y al mismo rey, cuya corona y cuya persona sólo podrán estar seguros si se sigue el ejemplo de Francia y Portugal y se decreta su destierro.

Las derrotas son también tierra abonada para la leyenda o la invención de los agravios colectivos. La historia se acelera en 1591 en Aragón, la historia se incendia. Lo que en apariencia es una lucha entre Felipe II y su desleal secretario Antonio Pérez, va a desencadenar el enfrentamiento de varios ideales, más o menos míticos: las viejas rivalidades entre Castilla y Aragón, las pasiones que separan a la nobleza y a sus vasallos, la batalla de siempre entre la autoridad y el desorden, la lucha entre el absolutismo y la libertad o entre lo que parece absolutismo y lo que parece libertad.

Al Justicia Mayor de Aragón el inexperto Juan de Lanuza, el sentimiento de servir a una causa grande, la defensa de los Fueros

aragoneses le costó la cabeza al embarcarse en la rebelión contra Felipe II. Convertido por muchos en héroe cuando, en realidad, los documentos de la época y los estudios sobre el personaje nos lo presentan más como un joven voluble, atrapado en un conflicto que le supera y frente al que se mueve sin ser consciente de las fuerzas que conspiran contra él. También es el caso de Prisciliano, cuya faceta de librepensador oculta la de los mecanismos empleados para vencer a sus perseguidores. Todo resultó inútil. Los principales herejes, para la intachable severidad de los jueces, culpables de maleficio y hechicería, maniqueísmo y doctrinas obscenas, serían decapitados. En la plaza de Tréveris, en medio del silencio y la sospecha, cayó separada por el hacha la cabeza del obispo Prisciliano. Quedó así, limpiamente destrozado en Tréveris, aunque envuelto en sombras, como su destino, el primer hereje al que ejecutaba el poder secular después de más de tres siglos de disputas teológicas y de áridos y también célebres heresiarcas. Quedó aniquilado Prisciliano para siempre. Su aliento, su ánimo erudito y discutidor. Su pasión por los Evangelios apócrifos y áspero orgullo. Sobre la sangre del dignatario de Ávila, que corría hasta el suelo en delgados hilos negros, cayó también, ochocientos años antes de que se fundara la Inquisición y con helada exactitud se armara de hogueras la Iglesia, la sangre de sus más íntimos amigos y seguidores. Uno tras otro.

Perdedores natos fueron los carlistas, casi dos siglos persiguiendo el trono de España, inmunes al desaliento. Legitimistas y obcecados, jinetes de un pasado irrecuperable, don Carlos y sus sucesores cruzaban las fronteras con el ingenuo y bárbaro impulso de un Cantar de Gesta. Vencidos siempre y siempre aferrados a la tradición, errantes y posesos, llevaban en el exilio la vida del conspirador, esperando siempre a que los gobiernos liberales ofrecieran nuevo latido a su perenne quimera: ¡Dios, Patria, Rey!. Y así ocurría. Cuando la correspondencia hervía de tumultos, cuando la confusión volvía a gobernar las Cortes, se dejaban arrastrar por los hilos que tendían con sus propias manos y regresaban al ruedo ibérico para seguir haciendo de su carta geográfica el plan estratégico de una batalla epiléptica y dolorosa, una batalla sin fin. En las páginas de un libro, en las novelas de Galdós, Baroja o Valle Inclán, en cualquier página de cualquier libro de historia de España, siglos XIX y XX, bárbara y romancesca en tiempos de Isabel II, crepuscular en la Restauración, oculta en las hojas sangrientas de 1936, tenaz como flor desecada y en su interior derrotada de su único triunfo militar, puede rastrearse aún la larga y sonámbula biografía de los pretendientes carlistas

La historia de los perdedores se nutre de la derrota del marginado, del pícaro, del olvidado por invisible o carencia de relieve histórico, de tantas y tantas mujeres que debieron esperar al siglo XX y al XXI para hacer su revolución. Desde Nefertiti

hasta Marilyn, Twiggi o Nieves Alvarez ha sido siempre un rostro femenino el canon impuesto por los hombres para ejemplarizar lo bello, lo deseable, el descanso del guerrero. Mirar a la mujer como persona y no como hembra es todavía un ejercicio social costoso entre la liberal clase media de occidente que así mismo asigna con excesiva facilidad el cliché de “marujas” a un colectivo más inquieto culturalmente que el de la tribuna del opio y la retransmisión deportiva. Mujeres bastardas de reyes y príncipes que las meten monjas para no prolongar la bastardía . Ana de Austria, hija de Juan de Austria, que acaba su vida de abadesa de las Huelgas

La atroz realidad del siglo XX ha hecho necesaria o empujado al cronista del pasado a escribir desde otra perspectiva: las víctimas. Es lo que Magris llama Utopía. No olvidar a las víctimas anónimas, a los millones de personas que perecieron a lo largo de los siglos a causa de violencias indecibles y que han sido sepultadas en el olvido, como cifra o expediente. El río de la Historia arrastra y sumerge a las pequeñas historias individuales. La ola del olvido los borra de la memoria del mundo. Escribir historia después del siglo XX tiene que ser también caminar a lo largo de ese río, remontar la corriente, repescar existencias naufragadas, encontrar historias enredadas en las orillas y embarcarlas en una precaria arca de Noé de papel. Los judíos antes de a expulsión de 1492, fecha que deslumbra al cronista y borra las persecuciones y marginaciones de las que fueron

víctimas durante toda Edad Media y que echa por tierra el mito de la tolerancia en aquellos siglos ; los mozárabes de Toledo, vencidos entre los vencedores, obligados a cambiar su liturgia por la de los franceses .Cuatro siglos de fidelidad a la religión, a las leyendas y a los ritos de sus antepasados en una tierra condenada al movimiento perpetuo y a la agitación. Cuatro siglos de fidelidad a una vieja y arraigada liturgia . Cuatro siglos en territorio musulmán, durante los que el culto no se interrumpe ...Hasta que en 1085 Alfonso VI conquista Toledo y les impone el rito de Cluny y desaparecen de las crónicas, atrapados entre el empuje de sus correligionarios del norte, que los desprecian, y la cabalgada del fundamentalismo musulmán, que los degüellan y esclavizan. Perdedores son los españoles afrancesados de la guerra contra Napoleón ( doce mil familias marchan al exilio tras la retirada de las tropas francesas y del rey José Bonaparte que se quejaba no sin razón de su apodo de Pepe Botella “ ¿Por qué dicen los españoles que soy borracho cuando no bebo más que agua? “ Perdedores son los republicanos españoles, comunistas o no, que desaparecen en la Rusia de Stalin y los gulags después de ver el feroz rostro de la utopía soviética.

El olvido o la gloria parcial es también una clara forma de engrosar mi brevísima lista de perdedores. Hay olvidos enigmáticos, como el del jesuita Polanco, burgalés de familia de mercaderes conversos , siempre oculto detrás de Ignacio de Loyola , pero redactor quizás de buena parte de la obra adjudicada

al santo guipuzcoano o el pintor Luis Paret y Alcázar, cuyos cuadros, resumen complejo y dilatado de una época, fueron eclipsados por el genio desbocado del gran Goya. Lo mismo que le ocurrió en el siglo XX a la poetisa bilbaína Angela Figuera oscurecida por dos grandísimos poetas varones Blas de Otero y Gabriel Celaya

Hay victorias imposibles, lo que significa que hay ideas y gentes cuya lucha está abocada al fracaso. El fascismo de Ramiro Ledesma Ramos y el anarquismo de Joan Peiró son un claro ejemplo. Uno y otro fueron fusilados por uno y otro bando, los dos adolecen de irrealidad, como la isla de Moro o La ciudad del sol de Campanella. Son inhabitables. Los hombres sólo pueden morir por ellos, mentir por ellos, luchar o ensangrentar la tierra por ellos, pero no habitar en ellos. El franquismo demuestra la imposibilidad de un Ledesma fiel a sus escritos anteriores a la guerra civil, cuyo fin no verá. El fracaso de la CNT en la Barcelona revolucionaria de la guerra civil prueba lo frágil de una ideología incapacitada para vivir en la realidad. La frase tremenda del anarquista Peiró al caer ante el pelotón franquista “me gano a mí mismo” más que una complicidad con la muerte expresaba la identificación con una vida de convicciones e ideales.

En España, tierra de absolutistas de todas las creencias, de unilaterales y seres con un solo ojo, un solo oído y una sola razón ( la razón del lado de ese ojo y ese oído, solamente) el moderado



siempre ha sido un perdedor..como lo fueron Pablo de Olavide y Jovellanos Los dos soñaban con reformas. Los dos deseaban introducir sobre la solidez de la vieja monarquía sus opiniones ilustradas, su modo de vida, su comportamiento estricto y exclusivamente racional. Los dos pensaban que el conocimiento y la ciencia debían estar al servicio de la utilidad, del progreso, de la riqueza y del bienestar. Les embriagaba el aroma de los libros, las ideas avanzadas; les embriagaba la ciencia, la solución de los problemas económicos y sociales; les embriagaba la luz que emanaba de Francia, Inglaterra y otras monarquías de Europa, pero los dos eran hombres del Antiguo Régimen, defensores del absolutismo, hombres que veían en la figura del rey la única figura capaz de hacer realidad sus proyectos, que creían que una nación que se ilustra podía hacer grandes reformas sin sangre y que para ilustrarse no era necesaria la rebelión política ni la modificación sustancial del orden social vigente, ni siquiera el desmantelamiento de la Inquisición. Los dos encontraron la oposición de los tradicionalistas que despreciaban el pensamiento renovador, conocieron la corte y se protegieron debajo ella de algún chubasco, tal vez creyeron en algún momento estar cerca de su ideal o ir por el buen camino, en todo caso allí soñaron, allí tuvieron fortuna, éxitos y desengaños, allí descubrieron que su esfuerzo resultaba cada vez más descabellado, que resultaba absurdo pretender eliminar los abusos y los prejuicios cuando no existían fuerzas ni posibilidades para eliminar sus causas, y allí se

vieron perseguidos y marginados. Los dos, hundidos en el silencio que extiende el fracaso a su alrededor, se fueron bajo árboles muy diferentes a trabajar y a sufrir, a amar el sueño quizá una vez más, o simplemente a morir. Los dos cerraron los ojos al mundo después de haber comprobado que el ideal perseguido no existía o que, existiendo, se alejaba definitivamente de su mano.

Jovellanos y su soledad en la España fernandina de la guerra de la Independencia es con Balmes en el siglo XIX lo que los olvidados Luis Lucía y Jiménez Fernández en la II República. Estos además demuestran la inviabilidad del proyecto de democracia cristiana que se frustra en España mientras triunfa en Europa y que convierte en perdedores a José María Gil Robles ,cuya carrera política se ha terminado a los cuarenta años , y Joaquín Ruiz Jimenez. No fue una decisión acertada del Presidente de la República negarle la jefatura de gobierno a Gil Robles , que había ganado las elecciones de 1933 y al que José Antonio Primo de Rivera consideraba un colaboracionista . El adelanto electoral de febrero de 1936 empujó España a la bipolarización del Frente Popular y el Nacional . En aquellos años España fue una triste cantera de perdedores.Perdedores como Ramiro de Maeztu , fusilado al principio de la guerra civil que ha pasado por ganador al supervivir en la ideología del franquismo.Perdedores porque la deriva ideológica del siglo XX les hizo abandonar su impronta liberal para enrocarse en el tradicionalismo ultraconservador y nacionalcatólico.

Y muchos perdedores del lado republicano , moderados de distintas tendencias políticas ( pienso en Fernando de los Ríos y Julián Besteiro; en Martínez Barrio y Manuel Azaña etc. ) que conducen a pensar en una España que no fue. O en una batalla imaginaria, en la que sólo vencen los perdedores. O su recuerdo. Muchos escritores antes y después de la guerra civil insistían machaconamente que los españoles de 1936 cumplían un destino funesto, como los héroes de una tragedia griega, como esos dos individuos que pintó Goya enterrados hasta las rodillas y matándose a garrotazos. Si España era un país violento , dislocado por quienes tiraban hacia atrás y quienes corrían hacia delante y el guerracivilismo estaba incustrado en los ijares del pueblo, nada tenía de extraño que los españoles, empujados por las corrientes profundas de la historia , se metiesen en la barbarie unánime de 1936. España, después de todo, era el solar de Caín y Abel, la tierra de las guerras civiles, de los pronunciamientos, de las partidas armadas y las guerrillas. Tenía que ocurrir ...como si las frases desesperadas sobre España y el pistoletazo de Larra impusiesen su agenda , cien años más tarde, cuando el poeta Luis Cernuda, llamaba a su país “la tierra de los muertos, adonde ahora todo nace muerto, vive muerto y muere muerto”

La guerra civil fue la consecuencia del fracaso de una sociedad, pero no fue inevitable ni su latido de sangre puede explicarse con el determinismo de una tragedia. Ocurrió, pero pudo no haber ocurrido. La guerra civil no fue una necesidad histórica ni un

designio divino. Ocurrió, y el silencio roto de las armas, el resoplar de los odios, la sombra de los muertos colándose, por las mirillas de las puertas, por las ventanas, por las calles... petrificaron el porvenir de aquellos españoles del verano de 1936, todos ellos perdedores de algo: la vida, la decencia, la libertad, la ilusión, la infancia, la inocencia

Con el regreso a la patria, la pequeña aldea donde el hidalgo Quijano leía novelas de caballería en busca de otras patrias, termina Cervantes su gran novela. Sancho exclama: “Abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve a ti Sancho Panza tu hijo, si no muy rico, muy bien azotado. Abre los brazos, y recibe también tu hijo Don Quijote, que si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de sí mismo; que según él me ha dicho, es el mayor vencimiento que desearse se puede...”

Don Quijote regresa de sus aventuras y muere con los ojos abiertos. Vencedor de sí mismo... En estas breves y claras palabras bulle toda la melancolía de aquella España a la que, a lo largo de la novela, se cita hasta setenta y cinco veces por su nombre en singular. Allí reside lo más profundo del héroe cervantino, lo más humano, aquello que más le une a sus contemporáneos, tan desangrados de aventuras y fantasías imperiales, tan desencantados de aquello que los triunfos militares les ha forzado a soñar. Allí también reside su autor, siempre trasteado por la vida, siempre huyendo de la mala suerte, de la estrechez de una existencia mediocre y la amargura de no

alcanzar la gloria en el género príncipe de la literatura... en aquella época, la poesía.

Irónicamente sutil, con los múltiples desaguisados, tropelías y aún catástrofes que el jinete de Don Quijote provoca al convertir a pobres diablos en encantadores y caballeros andantes, Cervantes expresa mejor que nadie cosas viejas de España que no se sabe nunca al repetirse si son de ayer, de hoy, o de siempre, vestigios tal vez de aquello que decía Sócrates : lo primero que necesita el hombre es saber desempeñar bien su papel de hombre, por miedo a que, tratando de hacer de ángel, no acabe por hacer de bestia.

La historia de España ha dado muchos don Quijotes, para desgracia de los seres de carne y hueso, olvidados en el magma inmenso de las grandes palabras, tan devaluadas por un exceso de sangre. Cuántos pobres diablos, como los humildes aldeanos de la gran novela cervantina, no supieron de los sueños mas que en su versión coactiva o represiva. Cuántos no subieron nunca a ningún caballo, pero sufrieron las coces de éstos. Cuántos fracasos y desventuras se hubiera ahorrado España de no haber celebrado con tanta pasión a quienes se hacían pasar por sus caballeros andantes . Tan proclives a las grandes palabras, en los campos y ciudades de España se ha despreciado siempre al Don Quijote que regresa a su pequeña aldea en beneficio de aquel que sale al camino para transformar el mundo real en una novela de caballerías. La simpatía siempre se la llevan los soñadores, los emperadores del aire, los arquitectos de arena, y no aquellos otros

que regresan vencedores de sí mismos, curados ya de la tentación de lo imposible que a todos carcome. Queda, sin embargo, la memoria. Y no somos más que el tiempo que nos queda . Los relatos de miles y miles de españoles conservan los recuerdos. Tal vez, después de todo, esa sea la única utopía que haya sobrevivido al siglo XX: la utopía de no ceder a la costumbre del olvido, la utopía de remontar la corriente de la historia y rescatar las existencias naufragadas, los millones de personas que perecieron a lo largo del siglo pasado, la utopía de enfrentar las esperanzas con la realidad, los mitos con la verdad, nuestros lutos con los ajenos. Tal vez, de ese modo, podamos decir con Chateaubriand: “En vano prospera Nerón porque Tácito ya ha nacido en el Imperio